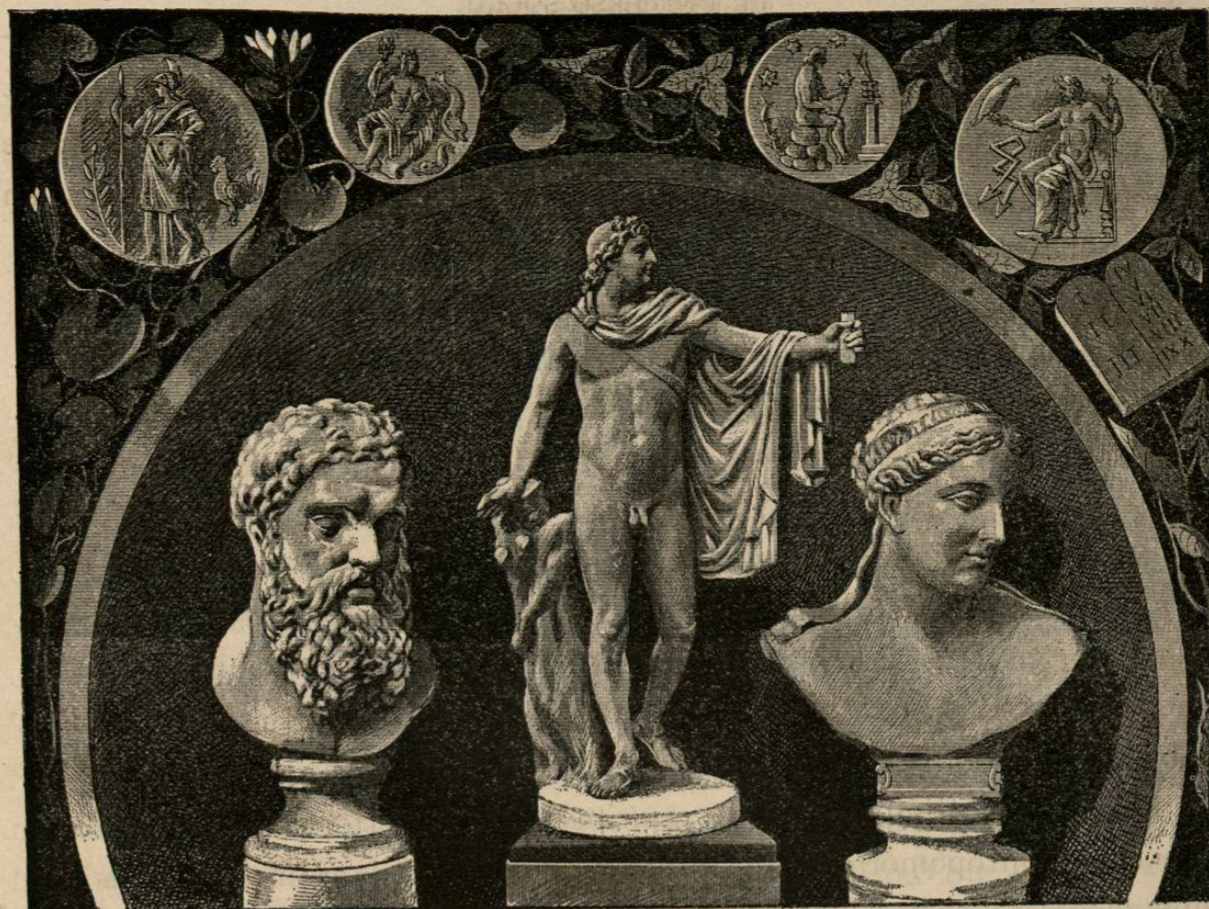


Entre ese grupo de fenómenos y los precedentes, hay, pues, acorde perfecto, y la posibilidad de aplicarles á todos la misma explicacion, á despecho de una imposibilidad aparente, es una nueva razon para mirar esta explicacion como verdadera.



### CAPÍTULO VIII

DIVINIDADES

**H**EMOS expuesto de una manera tan completa y explícita el génesis de las divinidades en los capítulos precedentes, que no ha de parecer necesario extendernos todavía más, y tratar de una manera especial este tema. Pero aun cuando nos hayamos ocupado de divinidades en las cuales la personalidad humana se encuentra considerablemente oscurecida, debemos todavía hablar de aquellas que resultan de la simple idealizacion y de la extension de



la personalidad humana. En efecto, mientras que para ciertos hombres el error de interpretación de las tradiciones ha tenido por resultado absorber su individualidad con la de los objetos de la naturaleza, otras hay de las cuales ha sobrevivido la individualidad con los atributos antropomórficamente.

Esta última clase de divinidades, que todavía existe junto á las otras, acaba por hacerse predominante: probablemente es como ya lo hemos hecho entrever, por efecto de los nombres propios, los cuales han sido cada vez menos connotativos y más designativos. Mientras se ha nombrado á los hombres por los objetos de la naturaleza, no han podido sobrevivir en la tradición sus formas humanas; y el culto que se les rendía como á antepasados, se convertía en un culto rendido á las cosas con las cuales su nombre les identificaba. Pero cuando se han encontrado nombres propios que no eran al mismo tiempo los de objetos, los hombres comenzaron á quedar en la historia en calidad de tales. Ya no fué entonces imposible á los espíritus de los muertos el conservar su individualidad antropomórfica, mucho tiempo despues de la estincion de sus contemporáneos: así es como se ha formado el panteon antropomórfico.

Ya en el capítulo titulado *Culto de los antepasados en general*, hemos señalado la aparición de esta clase de divinidades, despues de haber seguido la evolución de las otras, vamos á hacer lo propio con ésta que es la más importante.

Como el animal, el salvaje teme todo lo que tiene una apariencia ó una conducta extraña. Vé una cualidad sin analogía, y no sabe que otras cualidades sin analogía tambien pueden hallarse asociadas á la primera. Se siente amenazado por las cualidades que se apartan de aquellas con las cuales está familiarizado, y se conduce de manera que engañe el sentimiento que tiene de un peligro. Como hemos visto, mira como sobrenatural todo lo que no comprende. Tenemos un excelente ejemplo del estado de su espíritu en el de los dos Krumens citados por Thompson, los cuales, conducidos á un buque, dijeron que «era ciertamente una cosa increada, nacida de sí misma, que no había jamás sido fabricada por mano del hombre.» Lo inexplicable pasa por sobrenatural, así en un objeto notable como en un hombre notable tambien. «Si algo hay que no comprenden los Chippeuanos, dicen que es un espíritu,» y Buchanan, que nos lo enseña, añade, que á un hombre de un talento extraordinario «le llaman un espíritu.»

En varios casos hallamos que el equivalente primitivo de la palabra dios

se aplica indistintamente á un objeto incomprensible ó á una persona de facultades incomprensibles. El nombre que los Fijianos dan á un sér divino, *Kalu*, significa tambien «alguna cosa grande ó maravillosa.» Conforme á esta idea, los Fijianos dicen que una máquina de imprimir es un dios, é igual calificación darían á sus visitantes europeos: «¡Vos sois un Kalu!» — «Vuestros compatriotas son dioses.» Lo mismo sucede con los Malgaches, que hablan de su rey como de un dios, y que, segun Ellis, llaman dios á todo lo que es nuevo, útil ó extraordinario. «La seda, el arroz, la moneda, el trueno, el relámpago, los terremotos, á todo esto se le llama dios. Igual nombre dan á sus antepasados y á su soberano muerto.» Tambien un libro es un dios. «Ellos dan al terciopelo el singular epíteto de hijo de dios.» Lo mismo sucede entre los Todas, adoradores del hombre. Como nos lo enseña Marshall, con las palabras *Dér* y *Swâmi* (dioses, señores) que ellos emplean, «hay para todo lo que es misterioso é invisible una tendencia á elevarse á la cualidad de *Dér*; el ganado, las reliquias, los sacerdotes, se confunden en la misma categoría hasta el punto de que no parece sino que *Dér*, lo mismo que *Swâmi*, sea en realidad un adjetivo que exprese la superioridad.

Ahora no habrá dificultad en comprender que el título de dios se haya dado, en las primeras edades del progreso, á los hombres de una forma que nos parece tan monstruosa. Este título no significa nada de lo que para nosotros quiere decir, y los salvajes lo aplican á las personas poderosas, vivientes ó fallecidas, que se pueden clasificar en diferentes géneros.

Conviene empezar el exámen de estos géneros por los individuos en quienes la superioridad está ménos definida, individuos que los demás miran y se consideran á sí mismos como mejores que los otras.

De él encontramos un ejemplo típico entre los Todas, de los cuales acabamos de hablar. M. Marshall, describiendo el carácter del páál, especie de lechero sagrado ó sacerdote, cuenta parte de una conversacion que tuvo con uno de ellos:

«¿Es cierto que los Todas saludan al sol? pregunté yo. — ¡Lschákh! respondió; estas pobres gentes, sí, pero yo (golpeándose ligeramente el vientre), yo, un dios, ¿por qué saludaría yo al sol?» En aquel momento, yo no ví en estas palabras más que una esplosion de vanidad y de orgullo, pero despues tuve ocasion de averiguar la verdad de lo que me decía. El Páál, desde luego, no solo es el cofrecillo que contiene los atributos sagrados, sino que *es él un dios él mismo.*



M. Marshall nos dice también que «el Páál, por ser él mismo un dios, tiene el derecho de decir los nombres de sus *compañeros dioses*, libertad que ningún otro goza. Entre los Americanos del Centro hallamos otro ejemplo de esta elevación de un miembro viviente de la tribu al estado divino. M. Montgomery dice que los Indios de Taltica adoran un dios de este género con todas las ceremonias acostumbradas.

«Él no era más que un viejo indio que se había vestido de una manera particular é instalado en el interior de una choza. Se le iba á adorar y ofrecer los productos del trabajo como un tributo, y se le tributaban en su presencia ciertos ritos religiosos, según la antigua costumbre.»

Claro está que, gentes que, por una razón que ellas no especifican, miran á uno de los suyos con respeto y le ofrecen sacrificios probablemente con la idea de que él puede hacer el bien ó el mal, pueden muy bien crear una divinidad. En efecto, si temen todos los espíritus se temerá mayormente el de un individuo que durante su vida se haya distinguido. Probablemente no hay culto de antepasado que no muestre esta tendencia á la evolución de un espíritu predominante que tiene su punto de partida en un sér humano predominante. Hemos visto como los Amazulus ofrecen principalmente sacrificios al fundador conocido de la familia; lo que quiere decir que el fundador era en algún modo un hombre superior. También hemos visto como Tamagastad y Cipattoval eran los más antiguos antepasados conocidos de los Americanos del Centro. Sus hechos serían bastante poco ordinarios para que los haya guardado el porvenir.

Puedo añadir aquí el dios de los Kamtchadales, que evidentemente tiene el mismo origen. Grieves nos cuenta que este pueblo «dice que Kut, al que algunas veces llama dios y otras primer padre, vivió dos años en cada río y dejó á sus hijos en heredad propia aquel en cuyas márgenes nacieron.»

Estos hechos nos muestran de una manera general cómo la concepción de una divinidad ha comenzado á separarse de la de una persona notable objeto de temor durante su vida y más aun después de su muerte. Pasemos á las diversas formas bajo las cuales se muestra el génesis de esta concepción.

Si, en primer término lo superior y lo divino son ideas equivalentes, el jefe ó soberano tiende á convertirse en dios durante su vida, y en una divinidad más grande después de su muerte. Esta conclusión se justifica por los hechos.

He hecho alusión á un jefe maori que repudiaba con menosprecio un origen terreno y se preocupaba de la idea de reunirse á sus antepasados, los dioses. Por otra parte, lo mismo se observa en la Polinesia. «Yo soy un dios,» dice Tuikilakila, jefe de Somosomo, y dice Williams, á propósito de los Fijianos:

«Verdad es que en esta isla hay muy poca diferencia entre un jefe de un rango elevado y una divinidad de segundo orden. El primero se mira como un dios; el pueblo le da con frecuencia este nombre, y en ciertas ocasiones reclama públicamente para sí mismo el derecho á la divinidad.»

Ellis, que nos describe el carácter sagrado del rey y la reina de Tahiti, relata las alabanzas usadas en su honor, casi tan exageradas como las que se usaban en el culto de los dioses.

«Las casas del rey se llamaban *aorai*, «las nubes del cielo;» Anuama, el arco iris, era el nombre de la canoa de que se servía para viajar; su voz se llamaba el trueno; la luz de las antorchas de su morada se llamaba relámpago; y cuando la gente del pueblo al pasar por las inmediaciones de su morada veía estas antorchas, no decían que ardían en el palacio, sino que hacían notar que el relámpago brillaba en las nubes del cielo (1).»

Otro tanto pasa en África. Bastian nos enseña que el rey de Benin no solo es el representante de dios sobre la tierra, sino el mismo dios; que sus vasallos le adoran bajo ambas naturalezas. Sabemos por Pattel que «el rey de Luango es respetado como un dios, que se llama Samba y Pongo, es decir, Dios.» Según Krapf, el pueblo de Msambara, dice: «Nosotros somos todos esclavos del Zumba (rey), que es nuestro Mulungu (dios).» Entre los antiguos pueblos de América encuéntrase declaraciones análogas. Hemos visto que en el Perú se adoraban las imágenes de los Incas aun vivientes. F. de Xeres dice que Huayana Capac «era tan temido y obedecido, que se le miraba casi como un dios, y su imagen era expuesta en muchas poblaciones;» y de

(1) Recomiendo á la atención de los mitólogos este pasaje de los *Polynesian Researches* de Ellis, vol. III, p. 113-114, nueva edición. Nosotros vemos en él otro camino por el cual el culto de la naturaleza puede dimanar del culto de los antepasados. Como las adulaciones dirigidas á un hombre son más bien susceptibles de crecer que de disminuir después de su muerte, claro es que esta glorificación indirecta del rey tahitiano sobreviviendo en la leyenda, dará un testimonio de su naturaleza celestial; y cuando un rey en tales términos loado posee ya un título de adulación tomado de un objeto celestial una descripción de los objetos que le rodean concebida de esta manera, concurrirá á producir un mito naturalista.